

El maestro de San Nicolás

PEDRO G. CUARTANGO

11/06/2016 02:53

EL OLOR a la cera que impregnaba los pupitres de la escuela emerge de la memoria y, como la magdalena proustiana, me retrotrae a los días del final de curso en junio, cuando nuestro maestro nos hacía limpiar y lijar la madera y luego cubrirla con una capa de barniz.

Había que lavar las plumas de la caligrafía y los tinteros de cristal, empotrados en las mesas, y dejar todo reluciente para el comienzo de las clases tras el verano. La disciplina se relajaba en aquella época y **Don José María Suso**, nuestro maestro de la escuela parroquial de San Nicolás, nos concedía más tiempo para dar patadas al balón en la cancha en la que las porterías se marcaban con dos mojones de granito.

Yo era un ser semisalvaje, que pescaba cangrejos en el Ebro, espantaba a pedradas a los buitres que se posaban en la ribera del río para comer carroña y construía tirachinas para cazar pájaros con los neumáticos abandonados. También metíamos azufre y potasa en una lata, hacíamos fuego y luego esperábamos a que saltara por los aires. Jugábamos a la trompa, a las canicas, a las chapas, a chorro morro y algunas jornadas acababan en una pelea con la escuela vecina, de la que nos separaba la tapia de un antiguo convento.

Las últimas tardes de junio el maestro nos bajaba a la cripta de la iglesia, donde penetraban los rayos de luz por unas delgadas aperturas. Había que ponerse un jersey porque la temperatura era mucho más baja que en el exterior. Me impresionaba el lugar porque había escuchado que allí habían muerto una decena de niños en un incendio en una sesión de cine de domingo por la tarde, lo que no era leyenda sino un hecho real.

Me parecía ver flotar las almas de esos infantes **mientras Don José María nos leía el Deuteronomio** y la historia de los falsos profetas que engañan a los hombres con sus mendaces prodigios. ¿Acaso sabría yo distinguir lo verdadero de lo ficticio?

Junio era el mes de los caracoles, que salían a tomar el sol después de los aguaceros, de los melocotones y de las fresas, de los helados de vainilla y de las meriendas en la orilla del río, exuberante de juncos y maleza.

Los sábados por la tarde había clases de dibujo. Todos los niños teníamos un cuaderno con papel de barba en el que intentábamos reproducir una lámina del arco de Bará, que era nuestro canon artístico. Pero **en junio se interrumpía la rutina** y el maestro ponía filminas que nos mostraban las costumbres de países lejanos o la vida de pueblos exóticos como los esquimales.

El maestro tenía una gran libreta de tapas verdes en la que apuntaba las notas de los exámenes y con la que pasaba lista todos los días tras la misa de las nueve.

Don José María utilizaba la vara, **Doña Baldomera**, cuando le parecía que algún alumno se sobrepasaba o llegaba tarde a clase sin justificación. Alguna vez le escuché decir que «la letra con sangre entra», pero era un hombre justo y bueno. Y, sobre todo, tenía una increíble capacidad para enseñar las ciencias más dispares y para motivarnos para que leyéramos periódicos y libros.

La única licencia que se permitía era poner una radio sobre su mesa para que pudiéramos escuchar **las vibrantes transmisiones de Matías Prats** de los partidos de Copa de Europa del Madrid de Vicente, Di Stéfano, Puskas y Gento. Don José María fue mi maestro y yo siempre le estaré agradecido. La clase tenía 40 alumnos de seis a 14 años y todos progresaban gracias a su magisterio y su dedicación. **Lo que soy se lo debo a él.** Hay deudas que no se saldan jamás y ésta es una de ellas.

16 Comentarios



jjimenez

11/06/2016 07:23 horas

#1

Hermoso comentario que lleva a la nostalgia. Éxitos.



lpascual

11/06/2016 10:58 horas

#4

Entrañable Don Pedro. Gratitud eterna al maestro, en mi caso a Don Usicio. Han pasado 40 años y para mí el tiempo se detuvo con el. Sus lecturas me siguen acompañando, su bondad, su amor al trabajo, su mirada limpia, transparente y cristalina. Su comportamiento fuera y dentro de clase. Quizás, si se recuperara el respeto social a los maestros, si se les dejara de satanizar, de cuestionar, de meterse en su trabajo por parte de padres sabelotodos e impertinentes. Quizás si se recuperara todo eso la sociedad podría cambiar. Pero no, llega un memo y le dice al maestro que tiene que enseñar competencias, objetivos, productividad y gilipolleces de ese calibre. Saludos

[Ver 16 comentarios](#)

OTRAS WEBS DE UNIDAD EDITORIAL

Clasificados

Marcamotor

Su Vivienda

Salud

Correo Farmacéutico

Dmedicina

Diario Médico

Moda y Ocio

Tiramillas

Telva

El Búho

Empleo

Escuela Unidad Editorial

Unidad Editorial

Expansión y Empleo

¡Suscríbete a EL MUNDO con un 20% y llévate una tablet de regalo! [Disfrútalo ya](#)

SEGURO DE COCHE



linea directa



Contratación